

El constructor de sueños

Graciela Pérez Aguilar



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1993, GRACIELA PÉREZ AGUILAR
© 1993, 1995, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4588-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: ALBERTO PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Pérez Aguilar, Graciela Elsa

El constructor de sueños / Graciela Elsa Pérez Aguilar ; ilustrado por Alberto Pez. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

96 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4588-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Pez, Alberto, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El constructor de sueños

Graciela Pérez Aguilar

Ilustraciones de Pez

loquelego

*El lugar donde quieras vivir
—en el Infierno o en el Cielo—
será tu decisión.*

*Porque, cualquiera sea ese lugar,
tendrás que crearlo.*

*No es algo que ya existe:
para llegar allí no solo se requiere
comprar un pasaje y tomar un tren.*

Es algo que debe ser creado.

Bhajwan Shree Rajneesh

PRIMERA PARTE

EL TRIPULANTE DE LA NAVE *ARGIRIUM*

GORCALP

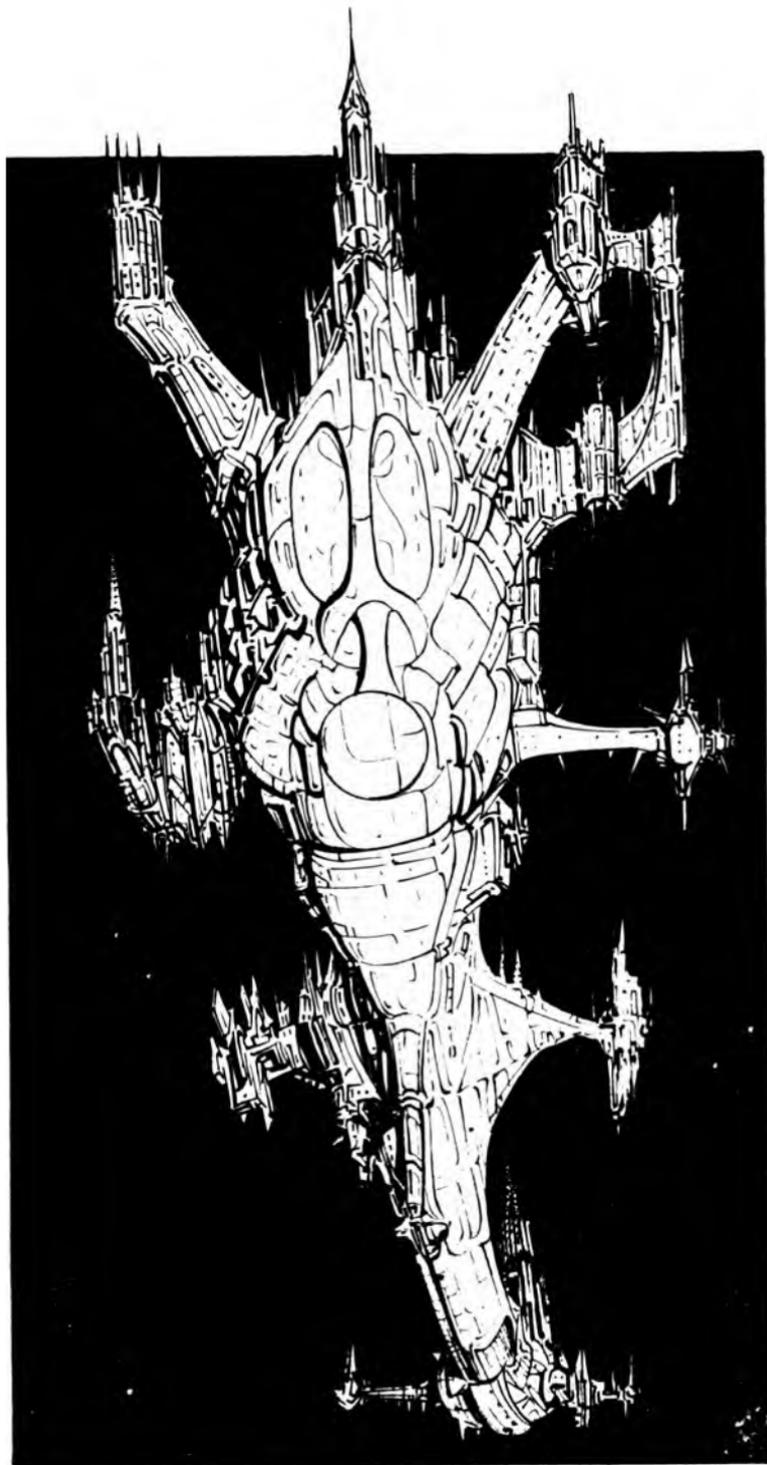
La mayoría de los tripulantes de la nave espacial *Argirium* ignoraba cuándo había comenzado el viaje por el Megatiempo. Ellos vivían desde siempre en esa interminable arquitectura de metales brillantes, pasillos blancos y torres de cúpulas translúcidas. Los que alguna vez habían salido al exterior para realizar trabajos de reparación, enfundados en sus trajes especiales, decían que no se podía abarcar con la mirada la infinita sucesión de superficies grises sembradas de pantallas sensoras y aberturas por las que brotaba la luz. Desde el interior de la nave, áridas constelaciones aparecían siempre iguales, vistas a través de las ventanillas de pervedrio reforzado. La ligera malla metálica del pervedrio cuadrículaba un paisaje oscuro interrumpido por brillos tenues y por alguna explosión que indicaba el fin de un mundo.

La vida dentro de la nave tenía una rutina muy estricta que nadie pensaba en romper.

Los centenares de tripulantes trabajaban, comían y descansaban siguiendo un ritmo siempre igual. Así habían crecido, habían aprendido a desempeñar una tarea y, desde entonces, la realizaban entre el principio y el final de una jornada a la que llamaban “lapso”. Esas tareas eran muy diversas y abarcaban desde la navegación hasta el cultivo de plantas en huertas especiales, pasando por una enorme gama de trabajos en los complejÍsimos sistemas de control y comunicaci3n.

Esa rutina era interrumpida pocas veces. Solo de vez en cuando, una tormenta c3smica sacudía la estructura de la nave y le imprimía un imperceptible cambio de rumbo que los navegantes en jefe consideraban de poca importancia, consignando apenas en el ordenador de bitácora: “Leve perturbaci3n”. Sin embargo, como resultado de esas leves perturbaciones, la *Argirium* había modificado su rumbo de una manera que ninguno de ellos podía siquiera imaginar.

La cuarta generaci3n de tripulantes cumplía sus tareas con menos convicci3n que costumbre. Casi nunca se preguntaban por qué ciertas puertas estaban cerradas con placas de metal blanco o por qué, cada tanto, algunos corredores eran clausurados con seÑales que prohibían avanzar.



Los que trabajaban en los centros de información descubrían a veces que sus claves para entrar en los archivos habían sido canceladas sin aviso. Sin embargo, continuaban ejecutando sus rutinas en el Núcleo de Salud, en el Sector de Defensa o, los menos, en el Nivel de Navegación.

Gorcalp, llamado Gor por sus amigos, era el funcionario más joven del Núcleo de Salud. Recién había terminado su entrenamiento en el Centro de Formación de la nave, con excelentes calificaciones técnicas y un pésimo concepto en Adaptación. Tal vez por esto último, le habían asignado una serie de tareas sumamente monótonas que incluían la recorrida de una veintena de pasillos para buscar fugas de aire respirable, el exterminio de una extraña mutación de termitas que depredaban la antigua red de comunicaciones, y el control de indicadores de huertas artificiales.

—Ave, Gorcalp. —El segundo jefe del Núcleo de Salud recibió a Gor al comienzo de la jornada empleando la fórmula tradicional de la nave, y agregó—: No hay novedad.

Gorcalp se instaló en su silla, encendió el panel de controles y se distrajo un momento mirando hacia la oscuridad por la ventana de pervidrio. Afuera desfilaba imperceptible el Megatiempo.

Después, comenzó a revisar el listado de memoria en una pantalla secundaria. Allí figuraba el registro de algunos tripulantes que presentaban problemas de salud.

—¿Qué pasa con el caso Pels? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Liquidado —dijo el segundo jefe—. Lo derivamos a la Subred Terminal.

—¿El especialista Lancup no pudo hacer nada? —dijo Gor, recordando que la Subred Terminal era el nombre de un depósito donde solo se mantenían las funciones vitales indispensables.

—Nada. Se disuelve sin remedio. Un ingeniero del sector Gama le fabricó una especie de traje contenedor para conservarlo, pero a este paso no creo que dure más de dos o tres lapsos. Está liquidado, te lo dije. —Y el segundo jefe sonrió, asqueado de su propio juego de palabras.

La pantalla principal arrojaba, en ese momento, un listado de temperatura de las huertas orgánicas, que reflejó manchas verdosas en los ojos de Gorcalp. Mientras lo miraba sin verlo, pensó en todas las veces que Pels se había quedado de guardia, mientras estudiaban, vigilando que nadie lo sorprendiera. En esa época, Gor solía entrar en las salas de información cuando estaban vacías y

permanecía largo rato probando claves y buscando algo, sin saber muy bien qué. De allí venían sus malas calificaciones en Adaptación y también por eso Pels había sufrido muchas sanciones, desde recargos de tareas hasta la pérdida de lapsos de recreación. Cada vez que esto sucedía, Pels entrecerraba sus ojos azules, sonreía y decía:

—No te preocupes, Gor, alguna vez me devolverás el favor.

—Nos piden un informe sobre la evolución de las termitas en los últimos ciento veinte lapsos —dijo el segundo jefe interrumpiendo los pensamientos de Gorcalp—. Quieren frecuencia de aparición, áreas cubiertas y posibles mutaciones.

Gor digitó las claves en el teclado y se recostó en su silla esperando la respuesta del sistema central. Las tuberías que entrecruzaban las mamparas del Núcleo de Salud gotearon con un ruido extraño.

—Otra vez falla la red —comentó el segundo jefe—; hace dos lapsos hubo una fuga de oxígeno en el sector azul, y hace cinco, otra en el Nivel de Navegación.

—¿Allí también? —preguntó Gor repentinamente interesado—. Creí que tenían una red distinta.